

# PRESENTACIÓN

Quienes vivimos ocupados –y preocupados– por el amplio y fecundo mundo de la catequesis nos hemos interrogado con frecuencia acerca de su situación actual, de su estado presente, y lo sentimos unas veces como algo parecido a una crisis (peligro y oportunidad) pero también observado como una realidad dinámica e, incluso, floreciente en algunos contextos.

En estos últimos años desde estas páginas de SINITE hemos intentado buscar alguna luz sobre este panorama y nos hemos preguntado si todo se debe –la crisis o el malestar...– a la ausencia de un «nuevo paradigma», como si la necesidad de un nuevo modelo fuera la solución a las dudas, imprecisiones o búsquedas. En otros foros o en otros medios las preguntas van en otras direcciones; pero todos nos preguntamos qué le pasa a la catequesis hoy.

A veces hemos observado, entre el temor y el recelo, el entorno; y hemos pensado que, tal vez, nuestra debilidad catequística se deba al influjo de un contexto secularizado, irreligioso, increyente. Otras veces hemos destacado la consecuencia de esta situación: la dificultad de creer hoy y, por tanto, la creciente dificultad para comprender, asumir, vivir a Cristo y su Mensaje. Otras, han sido los destinatarios de nuestra acción catequizadora y su incapacidad o dificultad para asumir, a lo largo de su vida –especialmente a partir de la adolescencia– un proceso que parece poco en sintonía con el modo de vivir actual...

Pero también nos hemos preguntado por quienes, desde un ministerio eclesial, han asumido la noble función de catequizar, de servir a los creyentes en el proceso de descubrir, aceptar y vivir su fe en Cristo y en su Mensaje. Y cuando hemos pensado en los catequistas, quizá hayamos destacado su entusiasmo, su capacidad de trabajo, su entrega y generosidad,

especialmente en unas circunstancias poco propicias para ello... O hayamos confiado preferentemente en la organización de nuestras catequesis, en el sentir eclesial y comunitario de los grupos de catequistas o... en la abundancia y calidad de los recursos con que ahora contamos. Y posiblemente nos hayamos olvidado de preguntarnos sobre la calidad de su acción: en un mundo como el actual, con las dificultades y los desafíos que se presentan a la catequesis, ¿cuál es la calidad de la formación de nuestros catequistas?

Es posible que hayamos vivido un poco de las rentas en esto de la formación, que hayamos dado por supuesta esa formación o que hayamos creído que la sintonía de catequistas y catequizandos, la buena utilización de programas y de recursos, la comunión de los catequistas entre sí y con la comunidad eclesial podrían suplir, en cierto modo, la dificultad de una buena formación, olvidando que *«cualquier actividad pastoral que no cuente para su realización con personas verdaderamente formadas y preparadas, pone en peligro su calidad»* (DGC, 234). Y tampoco hemos tenido en cuenta, sobre todo en ciertos contextos, que *«la adecuada formación de los catequistas no puede ser descuidada a favor de la renovación de los textos y de una mejor organización de la catequesis»* (DGC id).

Pues bien, en este número de *Sinite* hemos querido hacer nuestra la preocupación por la formación de los catequistas. De los catequistas de base, de los hombres y mujeres, preferentemente seculares, que cultivan en la iglesia de Dios el campo de la educación de la fe —de su iniciación y de su continuidad— a lo largo de la vida de los creyentes. De aquellos que «a pie de obra» ejercen ese ministerio eclesial que fuera tan alabado e incluso deseado por los padres de la Iglesia... Y hemos querido hacerlo, al principio, de manera un tanto ambiciosa, aunque luego la realidad se ha impuesto y nuestro proyecto inicial se ha reducido a lo que ofrecemos en este número: fiel a la vocación «hispanoamericana» o «latinoamericana» de *Sinite*, nuestro recorrido por los campos de la catequesis se ha limitado, además de España, a Brasil, Argentina y Chile.

Comienza el presente número con un artículo de tipo general, doctrinal acerca del sentido y de la necesidad de la formación de catequistas, tal como lo ha sentido la Iglesia. **Álvaro Ginel**, conocido catequeta español, hace un recorrido de los aspectos fundamentales de la formación de los catequistas a partir de los *Directorios de Catequesis* de los años 1971 y 1997. Toda la riqueza teológica, pastoral, pedagógica y programática de estos documentos se despliega en un artículo que, además de destacar los aspectos propios de cada uno de los documentos («necesidad, finalidad, ejes, estilo y vida espiritual de los catequistas», en el *Directorio* de 1971, e «importancia, finalidad y naturaleza de la formación, criterios inspiradores y dimensiones de la formación», en el *Directorio* de 1997 ofrece una tabla comparativa que ayuda a ver las diferencias y el progreso acaecido en este campo pastoral, convertido en una urgencia de la Iglesia.

Por lo que se refiere a la descripción y al análisis de la formación de catequistas en los diversos países, el esquema inicial que se solicitó a cada colaborador fue más o menos el siguiente: la situación sociorreligiosa actual, las necesidades catequísticas actuales y las estructuras de formación de catequistas (planes, proyectos, lugares, instituciones...); los problemas «de siempre» aún no resueltos y «problemas específicos y actuales»... todo ello tanto por lo que se refiere a la formación inicial como al gran problema de la formación permanente.

La respuesta de cada país está a la vista del lector. En algún caso (como la visión presentada por **I. Nery** de la evolución de la formación de los catequistas en Brasil) se destaca el carácter de *proceso*, la *búsqueda* de un *modelo* de catequesis más *coherente* con las características de la sociedad brasileña y del Pueblo de Dios, la fidelidad al modelo que ha ido marcando en los diversos documentos el episcopado (especialmente del CELAM). En otros, es también la evolución histórica de los planes, proyectos y modelos de formación de los catequistas, hasta llegar a su situación actual: en el caso español, el artículo de **Xavier Morell** describe la importancia que ha ido adquiriendo la formación de catequistas desde el postconcilio hasta nuestros días: desde los variados acontecimientos (Congresos,

Jornadas...), documentos importantes y la labor diaria de institutos, escuelas y revistas. La situación actual es objeto de varias preguntas que demandan cumplida respuesta: «la situación religiosa de nuestro país, ¿reclama un nuevo brío en la transmisión de la fe?»; «¿cuáles son los “ejes centrales” y los “principales cauces” para la formación de catequistas?»; «¿hasta dónde llega esa formación?»; «¿quién forma a los catequistas?».

Más descriptivo en relación con la formación actual de catequistas es el artículo de **Luis M. Benavides**, **Ana M.ª Cingunegui** y **Laura De Isla**, del Instituto Superior de Catequesis de Argentina (ISCA). Los autores hablan de «las *experiencias* que han marcado el pulso catequístico en los últimos años en Argentina», de la búsqueda de «unidad en la formación» en medio de la diversidad de las regiones, de la voluntad de «recorrer un verdadero proceso que involucrara a todos los catequistas del país». Y ello lo expresan a través de *dos experiencias de formación* de catequistas, «diferentes entre sí, pero que tienen en común un proceso muy enriquecedor y decrecimiento sostenido». Esas experiencias son el *Encuentro Nacional, de Catequistas* (ENAC) y el *ISCA VIRTUAL* (Instituto Superior de Catequesis de Argentina). «Ambas (afirman los autores), han demandado esfuerzo y creatividad para salir de los paradigmas preestablecidos y básicamente se fueron construyendo más en base a intuiciones que a certezas». Experiencias que han supuesto una buena dosis de creatividad, audacia y entusiasmo.

Por su parte, **Enrique García Ahumada**, fsc, después de un breve recorrido por el pasado sociorreligioso de Chile, destaca cuáles son las necesidades catequísticas y de formación de catequistas, así como los lugares y las instituciones de formación de catequesis. Más extenso es el apartado sobre los proyectos y planes actuales de formación de catequistas. Finalmente se limita a apuntar cuáles son los problemas pendientes respecto a la formación.

Todo lo que antecede quiere ser tan sólo una muestra de la ingente tarea que realiza hoy la Iglesia; tarea que es cada vez más compleja y que

requiere una gran madurez humana y el cultivo de una fe profunda; que requiere una formación completa: en las Ciencias Humanas, en Pedagogía, en Teología y en Biblia, en Pastoral y en Catequética; que ofrece un carácter peculiar: el del carácter seglar (laico) de los catequistas, característica normal y de honda tradición en algunos contextos pero que, en otros, aún lucha por «desprenderse» de cierta tutela clerical; que incumbe a la Iglesia y a las diversas comunidades eclesiales –de ellas es la misión de velar por la auténtica formación humana y de fe de los catequistas– y, finalmente, que supone y exige la creación, el impulso y el fortalecimiento, desde la confianza de la Iglesia oficial y no sólo desde la vigilancia y el celo por la ortodoxia, de escuelas e institutos que sean capaces de crear, impulsar, renovar proyectos e instrumentos de catequización, que se preocupen de crear buenos, excelentes y entusiastas catequistas que sean capaces de responder a los retos de nuestro tiempo.

T. GARCÍA REGIDOR  
Director